

De aquel día recuerdo los colores ocres que precedieron al ocaso. Desde aquel día un intenso olor a sal mezclada con azufre persiste en mi piel: el olor del mar llevándose todo, el olor del azufre tiñendo el barro. De aquel día recuerdo un número: preciso, constante; un número grabado con el fuego de la tierra en mi piel.

Mis manos, ahora vacías, un día estuvieron llenas. Mi piel, ahora reseca de tiempo, un día tuvo la tersura de la juventud. Mi tierra, un día fértil, yace ahora entre los escombros.

Ese día que recuerdo con el dolor que da color a mi piel, ese día de muerte, fue también un día de nacimiento. Ese día dejé de ser quien fui para convertirme en un errante de las eras. Ese día dejé de llamarme como hasta entonces lo había hecho y consagré mi nueva piel a mi nuevo nombre. Ese día de muerte fue el día de nacimiento del Ejecutor del Pacto. Ese soy yo ahora, en este instante que se repite en mi memoria, ese primer día del séptimo mes del año tres mil tres de la fundación de Urlael, llamándome de nuevo a casa.

Yo soy un recuerdo. Para ti desgrano de nuevo las horas del último día de mi nombre antiguo; para ti rememoro los minutos eternos del día que constantemente repite mi memoria. Para ti cuento el final de mi raza, el principio de mi estirpe.

Para ti llamo a mi nombre antiguo, para ti vuelvo a llamar a Haggan, para que el guerrero vuelva de nuevo a sentarse en su casa.

Mírame, ¿ves mis ojos? Mírame, acércate, toca con tus manos las mías, ¿me sientes frío? Acércate, ¿hueles el olor que desprende mi piel?

Mis ojos no tienen lágrimas, mi raza no tiene la suerte del llanto. Mis ojos no pueden cerrarse al pasado, no pueden cerrarse al futuro. Mis ojos, distintos a los tuyos, distintos a los que vieron mi tierra, reflejan los últimos días de nuestra estancia en Ur.La y los últimos días de mi amada Urlael.

01

—Haggan, ven a la sala de reunión.

La voz poderosa de mi padre, el embajador Gattan, me reclamaba a su lado. Salí corriendo de la pequeña habitación que me habían asignado en las dependencias anexas al bloque central de mando calzándome las duras botas que me permitían moverme con soltura por los pasillos resbaladizos del enorme edificio-ciudad en que vivíamos.

Hacía tan solo doce lunas que había desembarcado en Ur.La. Mi padre había movido sus influencias ante la tríada del gobierno central para que permitieran que su hijo continuara sus estudios a su lado, qué mejor

maestro para enseñar al que probablemente sería su sucesor en este mundo, o en cualquier otro. Nuestra sangre era la sangre de los embajadores de nuestro Pueblo.

Aún llevo puestas esas botas rotas, como llevo grabado en mi pecho el nombre de la ciudad que cambió mi nombre.

—Haggan, date prisa.

La voz del embajador me urgía a correr. Y yo corrí, corrí por los pasillos del edificio tropezándome con los soldados que custodiaban las puertas y con los exploradores que venían sacudiendo sus capas polvorientas y se desesperaban por un trago de agua fresca.

En la sala de reunión mi padre discutía acaloradamente con el jefe de los comandos de exploración y el asistente del responsable de la misión científica. Nunca le había visto gesticular de esa manera, el tranquilo diplomático que yo conocía estaba ahora dominado por la ira. Golpeaba la mesa cubierta de planos con los puños cerrados.

—¿Cómo es posible! ¿Cómo ha podido llegar a suceder!

Los ojos de sus interlocutores huían de la fuerza de Gattan, trataban de esconderse debajo de los párpados para no ver la ira de su superior, para no ver las preguntas que resonaban en su pecho, que hacían eco en sus oídos.

—¿Por qué se hizo? ¿Por qué ha sucedido esto?

Mi padre buscaba respuestas a unas preguntas que no podían, o no sabían, responder.

D-Darg, el segundo en la escala de mando de la división científica se clavaba las uñas en las manos, intentaba responder con su sangre las preguntas que ahora torturaban su alma.

—Al general Dettan le pareció una buena idea. Pensaba que sería de gran ayuda a los exploradores. Facilitarían su tarea y por consiguiente el desarrollo de nuestra misión. Nunca pensó, nunca pensamos que...

—¿Nunca pensasteis... qué? —El embajador se impacientaba con el creciente nerviosismo de D-Darg.

—Que esto fuera a suceder... señor.

El jefe de los exploradores no se atrevía a mirar a mi padre a los ojos y le hablaba dirigiéndose a una esquina de la habitación.

—No había, no hay ninguna ley específica sobre esto, señor. En ninguno de los libros aparece reseña alguna que prohíba esta práctica. Sin embargo...

—Sin embargo... —mi padre me miró y me hizo una señal para que me incorporara a su lado—. Sigue, sigue, comandante.

—Sin embargo, los manuales reseñan ejemplos anteriores de cómo para acelerar los asentamientos es lícito emplear ayuda.

—¿Ayuda? —retaba al comandante con sus ojos y sus palabras —¿Y dice qué clase de ayuda?

—Ayuda local, embajador. Y tú bien sabes que hemos empleado esa ayuda en múltiples ocasiones. Está reflejado en los libros de historia que... —el

comandante se volvió y me miró directamente a mí— tu hijo, si tú te has olvidado, puede recordarte.

—¡Ayuda local! —la ira y la desesperación formaron una extraña risa en la garganta de mi padre— ¡Ayuda local!

—Dime, estudiante —el embajador se dirigió a mí— ¿Hay en los libros de historia alguna reseña sobre la clase de ayuda local que aquí se ha empleado?

Pero no me dejó contestar a su pregunta. Él bien sabía que no tenía respuesta. Yo no sabía lo que había pasado, lo que estaba provocando la ira de mi padre.

—Y tú, científico ¿estudiaste en tus libros esa forma de obtener ayuda? ¿En qué ejemplos anteriores os basasteis para llevar a término ese experimento?— la voz de mi padre ordenaba una respuesta al cada vez más desesperado ayudante— ¿Dónde está tu superior ahora?

—En el tercer valle de Ur.La, señor.

—¿Es allí donde está lo que llamáis ayuda local?

—Sí, señor.

La sangre que llenaba las manos de D-Darg se detenía sobre su uniforme gris.

—Ojalá tu culpa se detenga sobre tu uniforme. Ojalá nuestra culpa se detuviera como la sangre de tus manos, D-Darg.

Mi padre no miraba a nadie cuando dijo estas palabras, se las dijo a sí mismo y me las dijo a mí, mientras le seguía hasta el tercer valle de Ur.La.

Subimos a la colina del este, la más alta de las que forman el tercer valle, allí nos encontramos con el destacamento científico que observaba lo que tenía lugar en el pequeño bosque que bajaba orgulloso desde las cumbres de la montaña del oeste.

Vi a Dettan enfundado en su traje gris, sus grandes manos trataban inútilmente de mitigar el dolor que le producía el ruido ensordecedor que nacía entre los árboles: tambores golpeados con furia de gigantes, gargantas abrasadas de odio que gritaban su poder. Los que no tenían nada que perder se habían rebelado contra sus amos; el rebaño se había vuelto contra su pastor y agitaban como banderas los cuerpos destrozados de los que hasta entonces les habían guiado. La sangre de mis hermanos corría libre por la tierra que les había brindado su hospitalidad.

Mi padre cayó de rodillas, sus manos querían recoger una explicación que calmase su alma, pero ninguna era posible. Dettan no le veía, ya solo oía los gritos de los que llamaba hijos y los aullidos de dolor de los hombres destrozados por su furia. La nueva sangre de la tierra cubría de muerte el valle.

—¿Por qué Setty-Am-Dettan? ¿Por qué? —Mi padre se lo preguntaba a su hermano, pero también se lo preguntaba a sí mismo.

La noche llegó silenciosa al valle, ninguno de nosotros se había dado cuenta que el sol se ocultaba tras la colina del oeste, ninguno de nosotros vio la luz del creciente de luna ascender por el horizonte, sólo

veíamos el tinte carmesí que cobraban los zarzales que se asomaban desde el bosque.

Los tambores cesaron al tiempo que unas columnas de humo gris ascendían sobre las copas en sombras de los altos árboles sin nombre.

—Los árboles morirán —la voz de Dettan se asomaba a su boca después de horas de silencio.

—¿Los árboles, maestro, es esa muerte la que te duele ahora? —mi padre preguntaba ya sin ira. Un gesto de resignación manchaba sus ojos.

—Perdóname, embajador, perdóname. Si alguien pudiera perdonarme...

—¿Por qué? ¿Por qué? Dime la razón, esa poderosa razón que te llevó a desoír la ley, la razón que te llevó a violar lo más sagrado.

La voz del Dettan se debilitaba, huía de las palabras que apenas se atrevía a pronunciar.

—Solo hay una ley. Solo hay una ley y yo la violé. Traicioné el juramento. —Miró a su embajador suplicándole.

—¿Por qué? ¿Por qué? —mi padre repetía la misma pregunta.

—No lo sé... por hacer aquello que nunca hice... por calmar mis dudas, por retar a mi naturaleza, por ver hasta dónde llega mi poder... nuestro poder... Todas esas fueron mis razones... y ninguna de ellas. No sé la razón, ahora no la conozco... no la recuerdo.

—Equivocaste el camino, general. Incumpliste la ley. —El embajador que nunca había juzgado se erigía ahora en juez de su hermano— ¿Por qué nos has

hecho esto? —gritaba levantando sus manos hacía el rostro de su hermano— ¿En qué nos has convertido?

—¡Tu sangre es mi sangre! —Dettan señalaba al jefe de los exploradores que nos había acompañado hasta los asentamientos de la colina del este.

—¡Y tu sangre será la sangre de mis hijos, hijo del embajador! —Dettan se dirigía por primera vez a mí, sus ojos se clavaban en los míos, su índice me señalaba el camino que bajaba de la colina.

Dettan se agarró a la mano del que siempre había considerado su hermano, sus largos dedos se clavaron en los de mi padre.

—Recuerda mi dolor, Gattan. Recuerda el dolor de quien cumple su destino.

Dettan echó a correr sin que nadie pudiera, o quisiera, detenerlo y saltó. Por un breve instante su capa gris flotó en la corriente cálida que subía del valle. Su cuerpo se confundió con los de sus hermanos, rotos en mil pedazos por la furia de aquellos a los que él había dado un nuevo nombre, un nombre que no les pertenecía por derecho, un nombre que nunca debió de ser suyo.

Sentí el dolor en el pecho de mi padre. El embajador tenía que continuar guiando a su pueblo, tenía que dar alguna solución al error de su hermano. Mi padre sólo sentía un dolor agudo que le impedía respirar.

Esa noche se me olvidó saludar a la estrella que alumbraba el corazón de mi hogar. Esa noche fue la única noche en que no pensé en ella, la única noche

de mi vida en que mis labios no pronunciaron su nombre, en que mis corazones no latieron al unísono. Esa noche Spdt no brilló en el tercer valle de Ur.La.

Mi padre era joven, pero sus manos se volvieron ancianas al recoger los cuerpos de sus hombres muertos, al empuñar las armas en una guerra que jamás debió declararse. Las manos de mi padre se encogieron de siglos de tristeza cuando su voz firmó el manifiesto de destrucción:

—Yo, Gattan Hat’Va’Nah, embajador de E’Kanna, en nombre de la ley que represento, ordeno la total destrucción de la raza creada. Nada de ellos ha de quedar sobre esta tierra. El error se borrará con la sangre que nunca debió nacer. Yo, Gattan Hat’Va’Nah, embajador, ordeno la total destrucción de nuestra ciudad, de nuestros campos de cultivo, de nuestras bases. Yo, Gattan Hat’Va’Nah, ordeno la total destrucción de los archivos de Setty-Am-Dettan, de todas sus copias, de todos sus diarios.

-Yo, Gattan Hat’Va’Nah, como máxima autoridad de gobierno, ordeno la evacuación de Ur.La.

Y me envió a mí, a su hijo, a llevar su despedida a la ciudad de Urlael.

El embajador me despidió con las palabras protocolarias, mi padre me abrazó y me recordó mi nombre, y a quien pertenecía:

—Solo hay una ley, Maat, en ella has de ser. Solo hay una ley, Maat, solo en ella es posible tu nombre. Solo Maat es ley.

Mientras mi padre encendía las hogueras en las que quemaba a los que habían sido sus hombres y sus ciudades y preparaba la marcha después de siglos de permanencia en los ricos valles de Ur.La, yo me encaminé hacia la ciudad que aún no había visto pero de la que tantas veces había oído a hablar a mis maestros y a mi padre, Urlael, la ciudad de los *hijos de los pájaros*, la ciudad de la luz.

02

Urlael es la ciudad del cristal. Urlael es la ciudad de la luz.

Cuando el sol se pone sobre Urlael todos los colores se crecen en su muralla. Cuando el sol se pone sobre la ciudad nace la luz que vive en ella. Su alma es la luz. El alma de Urlael es mi propia luz.

*

El olor de la tierra quemada por los fuegos sangrantes que encendía mi padre empañaba los caminos de agua que me llevaban a Urlael.

Había oído hablar de ella, había visto las imágenes de las cúpulas gemelas que se asomaban sobre la muralla que adornaba, más que protegía, su perímetro, pues a nada ni a nadie temían en aquellos tiempos los

habitantes de la ciudad. Nuestras culturas eran distintas, proveníamos de distintos mundos, sin embargo los habitantes de la ciudad de cristal y los de los tres valles hablábamos un lenguaje común, en nuestras bocas la palabra era la misma: cordialidad.

Cuando llegué ya me estaban esperando.

—Mi nombre es Elam-Atta, soy el Ta de Urlael.

El máximo responsable, la indiscutible autoridad militar y religiosa de la nación de Urlael esperaba en la puerta de entrada a su ciudad al hijo de un embajador y lo hacía solo, sin escolta de guardias o sacerdotes, con las manos guardadas en las anchas mangas de la túnica blanca que cubría su cuerpo.

—Mi nombre es Haggan, soy el enviado de Gattan, embajador del pueblo E'Kan.

Unas largas manos blancas se abrieron a mí buscando un abrazo. El Ta me recibía con su corazón. Me acerqué a él tímidamente, conocía sus costumbres, sus creencias, por los libros que había estudiado, pero su cercanía me intimidaba. No era más alto que yo y mi cuerpo tenía mayor envergadura que el suyo, sin embargo su presencia era más fuerte que la mía, abarcaba mi contorno y más allá, su abrazo llenaba los laureles que flanqueaban el camino de un dulce aroma azulado.

—Me has regalado con tu nombre, Haggan, y con el nombre del que es mi hermano, Gattan, sé mi hijo en tu casa.

Seguí al Ta por las calles enlosadas, crucé detrás de él los pequeños puentes que unen las islas que son

Urlael, me maravillé con los colores que reflejaba el sol en las paredes cálidas de las casas, en los recintos de oración y en los lugares de estudio. Repetí los nombres de los peces que bailaban al son de la música que brotaba de la isla central. Y le pregunté por los mil nombres de las altas cúpulas.

—Mil nombres dicen que tienen las cúpulas gemelas, las aspirantes a esferas.

El Ta se reía.

—Mil nombres para las que no pueden tener más que el que tienen: la del oeste y la del este.

— Ta, ¿me permite llamarle maestro?

—Para mí es un honor que el hijo del que es mi hermano quiera que mis palabras tengan sitio en su corazón.

—Gracias, maestro, y perdona mi ignorancia, apenas hace unas lunas que llegué para acompañar a mi padre.

—No te disculpes por lo que no has tenido oportunidad de aprender, solo discúlpate de aquello que sabes y relegas al olvido, solo de eso, Haggan, somos culpables. Sigue con tu pregunta ¿Pero?

—¿Por qué solo dos cúpulas? ¿Por qué no una en el norte, otra en el sur?

Me maravillaba tanto lo que veía que mis manos señalaban ansiosas las direcciones vacías, mi imaginación veía levantarse dos cúpulas más, blancas como sus hermanas, victoriosas, hermosas.

—¡Ah! Cuántas veces he tenido esta conversación, amigo Haggan, y no con recién llegados como tú, sino con mis propios hermanos de sangre. Cuántas veces yo mismo me pregunté el porqué la ciudad no tenía esas otras dos torres, hermosas y orgullosas, como tú las estás viendo ahora —cariñosamente el Ta puso su dedo índice en medio de mis ojos—, las mismas con las que yo soñé tantas veces. Y cuantas veces oí la misma respuesta de labios de mis maestros, la misma respuesta que yo doy ahora:

—Caminamos del oeste al este, de la oscuridad a la luz. Caminamos de este al oeste, de la luz a la luz, del reino de An al reino de Sokar.

-La cúpula del este es la de An, el que inicia; la cúpula del oeste es la de Sokar, el que transforma. Ambos son vida, ambos son muerte. Y para recordar de dónde venimos, a quién nos debemos, los que diseñaron esta ciudad construyeron las torres, y les pusieron los dulces nombres de sus padres a las cúpulas blancas, para no olvidar el origen.

La voz del que era mi nuevo maestro pareció huir cuando decía.

—Para no olvidar el fin.

*

Entré en los patios del Ta con la seguridad de quien entra en su propia casa. La dulzura de la brisa del mar regaba los jardines de Urlael, se colaba en los poros de mi dura piel llenando de un nuevo aroma mi pecho.

—Ni las palabras que leí, ni las canciones que escuché, hacen honor a la belleza de tu ciudad, maestro Elam-Atta.

—Sé bienvenido en mi casa, hijo. Sé bienvenido en la casa de los habitantes de Urlael, representante de los que pueblan los tres valles.

Una mujer, alta como el Ta, y como él vestida con una túnica blanca, pareció flotar hacia mí.

—¿No traes equipaje, señor? —me preguntó al tiempo que señalaba uno banco de piedra cubierto con grandes cojines amarillos— Siéntate.

El Ta me miraba sonriendo, le divertía mi aturdimiento ante sus costumbres.

—Estudiante, aunque leamos mil libros sobre las costumbres de nuestros amigos no las conoceremos hasta que no disfrutemos de ellas. Siéntate y deja que Ejazbel, el alma de mi casa, te agasaje como te mereces. Ahora yo me retirare unos momentos, luego cenaremos juntos y más tarde... más tarde... cuando hayamos disfrutado de la tarde y de la noche me contarás aquello que vienes a decirme. No antes.

Elam-Atta me dejó solo. Lo vi desaparecer entre las columnas blancas que delimitaban una gran puerta abierta en uno de los lados de la sala, unas columnas que querían sujetar las nubes blancas que se paseaban al ritmo de la brisa del mar.

Esperé en aquella extraña sala ovalada, sentado, como me había dicho Ejazbel, contando las minúsculas arenas doradas que dibujaban un laberinto entre las grandes losas. Vi pasar las nubes cargadas de

agua nueva, dispuestas, quizá, a deshacerse sobre las altas cúpulas verdes del bosque del tercer valle de Ur.La. Me imaginaba el agua cayendo despacio y sin tregua, encharcando la tierra manchada por la sangre que derramaba el brazo de mi padre; pensé en él, vi su dolor asomándose entre los gritos desesperados de aquellos a quienes quitaba la vida.

No la oí llegar a mi lado, todos mis sentidos estaban consternados por el dolor que llenaba el tercer valle, un valle hasta ese momento sin nombre, un lugar que ahora era llamado desesperación, dolor, traición. Luego me dijo que permaneció junto a mí, viendo, como yo, pasar las nubes, que el dolor que emanaba mi cuerpo era tan intenso que tuvo que ir aproximándose poco a poco para que esa fuerza no la dañara. Ese día no la oí llegar, pero aún ahora recuerdo el callado golpe de sus pies descalzos rozando la tierra.

Sentí una mano dentro del pecho, una mano blanca que acariciaba las sombras que allí crecían, una mano que me llenaba de luz. Salí, como pude, de la desesperación que vivía mi valle y busqué a la dueña de la mano que sanaba mi dolor. Me recibieron unos ojos azules de mediodía y una tez infinitamente blanca.

Sin decir nada se arrodilló delante de mí, con precisión me quitó las botas y, con total naturalidad, metió mis pies dentro de una pila de agua dulce y clara, como sus ojos. Lavó y perfumó los pies del visitante, como si lo hubiera hecho mil y una veces,

como si sus manos de espuma estuvieran acostumbradas a tratar con las plantas callosas de nuestros pies. Sentí como mi dura piel se afinaba y mis cansadas piernas se alegraron por aquel extraño contacto. Nunca, hasta ese instante, alguien que no fuera de mi raza se había acercado tanto a mí.

Esperé, mirándola, hasta que se levantó y, como había hecho con los pies, lavó y masajéo mis manos. Solo cuando hubo concluido su tarea me dijo:

—Bienvenido a tu casa, hijo de Gattan. Soy Aratta, hija de Elam.

No sabía cómo agradecer el gesto que había tenido para conmigo. En los textos que trataban las costumbres de los pueblos de Ur.La y que había tenido que estudiar concienzudamente antes de embarcarme a vivir con mi padre, se hacía referencia a un rito de saludo y homenaje que los habitantes de la ciudad de la luz tenían para con sus hermanos.

Esta raza, altiva y justa, venía poblando la isla que llamaban Urael hacía ya tres mil años. Recordaba los dibujos vistos en la gran biblioteca de mi escuela, hombres altos y albinos arrodillados delante de sus hermanos lavándoles con agua dulce los pies y las manos.

“Recibimos así a nuestro invitado, a nuestro hermano, le ayudamos a despojarse del polvo de los caminos, a recordar el centro de su universo, a limpiar el cuerpo para así limpiar el alma. Un acto simbólico que nos recuerda nuestro verdadero nombre, las palabras por Sokar pronunciadas, antes de dirigirnos a

nuestros hermanos en las reuniones, o de saborear los alimentos, o de, simplemente, ser acogidos en la morada de otro. Dejamos que el polvo de la tierra se funda con la dulce agua, para, juntos, bailar la danza de la vida”.

Esa era la descripción que un Ta de la ciudad había hecho al padre de mi padre, embajador como él en esta tierra. Ahora, a uno de sus descendientes, unas manos blancas le habían despojado del lodo amargo que forma la sangre y la tierra y el frío eterno que corría por mis venas se dulcificó con el contacto cálido del agua. Entendí el rito y mi alma hizo caso al símbolo que la llamaba a purificarse. Mis labios querían emular la sonrisa de Aratta y supongo que algo parecido debió de surgir de mi pecho, algo que llenó su cara de una tímida risa.

—Perdón, señora.

Intentaba tapar la boca con la mano que me había lavado. Olía a musgo fresco. Estaba turbado, no sabía cómo dirigirme a ella; la veía frágil, pero la sentía como la mujer más fuerte de la ciudad, su presencia no era tan grande como la del Ta pero, a poco que el tiempo se posara sobre ella su espíritu alcanzaría a las dos cúpulas.

—Haggan, ¿de qué tiene que pedir perdón mi hermano? Ven, acompáñame.

Seguía sin poder decir nada. Me levanté del banco de piedra con cuidado de no tropezarme con la pila que contenía mi barro, mi suciedad, e hice además de ponerme las botas.

— Déjalas —me dijo—. No te hacen falta, puedes caminar ahora sin ellas, no sentirás dolor.

Y seguí a Aratta, sin botas, sin decir nada, su pelo me había hipnotizado, sus manos me habían devuelto a un estado que no recordaba.

Atravesamos la gran sala, seguí sus pasos por un pasillo alto y estrecho hasta una gran puerta triangular. Al traspasarla un inmenso jardín acuático me llenó del color del mar. Me maravillé con los cantos de los pájaros arco iris y los zumbidos de unos insectos saltarines que se escondían de las miradas vivas de los cuervos negros. Un fuerte olor dulzón guiaba mis sentidos hasta una colonia de flores blancas que nadaban entre grandes hojas carnosas. Sentí mis pies hundirse en un agua que hasta entonces no había visto, incluso mi dura piel se llenó de las cosquillas que producía la suave marea de la tarde.

Aratta me miraba, veía la sorpresa del fuerte hijo del embajador y sonreía, Aratta se llenaba de la alegría que yo no sabía expresar.

Gracias, Aratta. Mi corazón dijo esto al margen de mi garganta, sin embargo le llegó alto y claro a sus oídos.

—Te recibo en mi corazón, hermano, y te muestro mi casa, mi jardín, que ahora es el tuyo.

Uno de los insectos zancudos saltó sobre mis pies, al mismo tiempo que mi sorpresa.

—¿Cómo me has...?

—No hace falta que te dirijas a mí con palabras. A veces, solo a veces, sucede que puedo escuchar el

corazón de los hombres. El de mi padre puedo escucharlo, y el de mi hermana y madre, Ejazbel, y ahora también, para mi sorpresa, tu corazón llega claro al mío.

Una lágrima se asomó a sus ojos, resbaló por su mejilla y se fundió en el jardín, la vi flotar hacia la colonia de flores blancas. Nunca había visto llorar a nadie hasta aquel día, mi raza no tiene el don del llanto, y me maravillaba lo que podía producir una emoción.

—¡Tengo tantas cosas que aprender! —mi corazón y mi garganta hablaron juntos.

—¿Aprender? —Aratta se sorprendió por mi reacción.

—Sí. Ningún libro habla de lo que sentí al verte. Al ver esa... ¿lágrima? salir de tus ojos. Aprendí tus costumbres antes de venir, me empapé con todos los diarios sobre los encuentros entre las dos razas, con la historia de tu pueblo, con los nombres de los animales y de las plantas que os acompañan. Releí una y otra vez vuestras leyendas, vuestras hazañas. Me aprendí el nombre que dais a la tierra y el nombre por el que conocéis a las estrellas.

-Sé cómo nacéis y porqué morís. Sabía de vuestras lágrimas, pero nunca hasta hoy las había visto. Nunca hasta hoy traspasé la puerta de la ciudad cuyo plano me había aprendido de memoria. Nunca hasta hoy. — Me estremecí al recordarlo—. Nunca, nadie que no fuera de mi propia raza se había acercado a mí. Nadie

hasta hoy había rozado mi piel como tú lo has hecho. Nunca había sentido este estremecimiento.

—¿Quieres aprender a llorar?

—¿Llorar? Sí, supongo que sí. Quiero aprender a sentir eso que sentiste.

—Eso no se aprende, Haggan, eso no se aprende.

Aratta se fue acercando a mí, su mano se agarró a la mía y me miró a los ojos. Sentí una punzada de miedo, el azul de su mirada me desequilibraba.

—Nadie mira a los ojos a un...

—Ahora sí, ahora puedo mirarte a los ojos. Ahora todos en esta casa podemos hacerlo.

—¿Por eso lavaste al extranjero como si fuera tu hermano?

Me sentí perdido. El tabú existente desde siempre entre las dos razas acababa de romperse.

—Sí, y no. Iba a hacerlo según lo reglado a los extranjeros, como mi madre le hizo a tu padre, como antes que ella, su madre lavó a tu abuelo, sólo un poco de agua para refrescar las manos. Pero al verte algo me impulsó a tratarte como a un hermano. Mi corazón te llamaba por un nombre que no sé pronunciar aún, y un recuerdo de algo no vivido vino a mí a través de los largos pasillos de esta casa, un recuerdo que tenía los colores de las cúpulas gemelas. Por eso me arrodillé ante ti y te quité las botas... por eso puedo leer tu corazón... por eso te traje a mi jardín y no tengo miedo de mirarte a los ojos... por eso puedo hacerlo sin parpadear... porque eres... mi hermano.

Vi de nuevo una lágrima translúcida llenarse del cálido dorado de un sol que empezaba a esconderse. Mis manos se acercaron a su rostro y mi áspero dedo se llenó con la dulzura de la emoción de Aratta.

—¿Te he hecho daño?

—No. Tú nunca podrás dañarme.

—¿No te doy...?

No me dejó terminar la pregunta.

—No. ¿Te da asco a ti mi cuerpo?

Se apartó un poco, cruzando los brazos sobre su pecho.

Un “no” tembloroso se coló por mi garganta.

—El sol se va —dijo. Descruzó de nuevo sus brazos y me dio la espalda.

Su presencia creció ante mis ojos aunque su cuerpo el mío lo sintiera pequeño y frágil. Me estiré y respiré profundamente. El ruido de mi inhalación hizo que un pequeño pájaro verde abandonara al vuelo la rama del laurel en la que se había posado.

Vi nacer el rojo entre los árboles y el naranja suspendido sobre las olas espumosas que empezaban a subir desde el mar, llenando el jardín de nuevos ímpetus. El naranja amarilleó durante unos instantes y un violeta suave acarició las grandes flores blancas que se cerraban, no sin antes exhalar todo el dulzor que habían acumulado durante el día.

El sol murió en el mar dejándonos la tierra bañada del color de la vida.

Aratta llevó sus manos al corazón, y desde allí, convertidas en cuenco, las elevó sobre su cabeza.

—Yo, Aratta, invoco tu nombre, Sokar —empezó a cantar—. Yo, Aratta, alabo tu nombre, Sokar. El nombre en el que soy y el nombre en que seré; el nombre en el que fui antes de ahora. Yo, Aratta, alabo el nombre de Sokar, mi padre.

¡Era todo tan hermoso! La última luz del sol reflejándose en el agua que empezaba a dormirse y en los cabellos blancos de la mujer que rezaba a su dios. Realmente Maat estaba en ella, la verdad vivía en su corazón.

—Sokar es la muerte —cantaba elevando sus ojos al cielo—. Sokar es el ocaso del sol. Sokar es el principio de la vida. Sokar es la resurrección, el nacimiento. Sokar es el padre. Sokar es el aliento.

Su rostro era ahora el rostro del ocaso, el rostro de Sokar, y me miraba a mí.

—Recordamos el nombre de nuestro padre —me dijo— cuando el astro abandona nuestra casa. Invocamos el nombre de nuestro padre cuando todos los colores se funden en el agua, cuando respira toda la vida. Invocamos su nombre y recordamos el nuestro cuando la cegadora luz del sol se oculta para que la verdadera luz sea vista en nuestros corazones.

Yo escuchaba de su boca las palabras que antes había leído, pero en ese momento sonaban distintas para mí, una nueva entonación les infundía vida, volaban libres, llenando todo el jardín, resbalando por mi áspera piel.

—Tú también eres hijo de Sokar —me dijo—, tu estirpe es también hija suya.

Mis corazones la creyeron, y mis ojos no podían dejar de maravillarse por la calidez de las sombras que llenaban el jardín.

—Me gustan tus ojos, Haggan, ven lo que yo no veo. Ven lo que a nosotros no nos está permitido ver.

—Nunca... no... Nunca había pensado....

—¿Qué a uno de mi raza pudieran gustarle los ojos de la tuya?

—Sí, eso es...supongo...

—Pues me gustan tus ojos, *ojos de serpiente*, me gustan tus ojos.

Fue la primera vez que me llamó así, ahora aún lo hace, aún oigo su voz llamándome *ojos de serpiente*. Un nombre que amo, quizá más aún que Haggan, un nombre que me describe tal cual soy, tal cual seré. *Ojos de Serpiente*, el nombre en el que nací en la tierra de Ur.La.